

Ignacio Gómez de Liaño

**En la red del tiempo
1972 1977**

Diario personal

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Prólogo

1971

Empecé a escribir este diario en los últimos días de 1971. Treinta y cinco años después, en 2004, publiqué la parte que se refiere a mi relación con Salvador Dalí. *El camino de Dalí (Diario personal, 1978-1989)*, así titulé el libro resultante. Ahora el material extractado abarca menos años –de 1972 a 1977–, pero es mucho más extenso, destinado como está a albergar el amplio espectro de gentes y lugares que me acompañaron durante esos seis años, que para mí fueron más dramáticos y decisivos que los inmediatamente posteriores.

Se trata de un diario, no de un libro de memorias. Aunque ambos géneros tienen un mismo foco de atención –el autor-en-el-tiempo–, en el caso del diario el autor refleja el día a día en que hace su diario, mientras que en el de las memorias el autor está condicionado por el día en que, años después de haber transcurridos los hechos, se pone a escribir su relato. En un caso el tiempo-vida se está haciendo; en el otro, está hecho. En uno la memoria suele ser fiel, en el otro la fidelidad no pasa de ser un piadoso deseo.

La lectura de mi diario me ha enseñado que si, en el día de hoy, me hubiera puesto a hacer, sin su ayuda, la memoria del que yo fui y de lo que hice entre enero de 1972 y diciembre de 1977, para ceñirme a la parte que se recoge en este libro, sólo habría logrado pergeñar una copia inexacta y simplificada del cuadro real. Son tantas las cosas que contienen los vastos almacenes de la memoria, están en ellos tan revueltas las infinitas experiencias que hemos tenido a lo largo de los años, son tantas las alteraciones a las que el paso del tiempo somete a lo que recordamos, sobre todo cuando los recuerdos hacen referencia a un pasado remoto o complicado o cargado de emotividad y el memorialista no cuenta con el adecuado correctivo documental, que el resultado de la labor del memorialista suele estar más cerca de la ficción que de la Historia. Los hechos que el memorialista registra se han visto sometidos inexorablemente a una reelaboración, tal vez involuntaria, que suele obedecer a los deseos e intereses del momento. El afán de reescribir la historia de acuerdo con esos deseos e intereses es una tentación a la que la mayoría de los memorialistas sucumbe debido a ese rasgo definitorio del ser humano que es la vanidad.

Cuando se registra un hecho unas horas después de acaecido, ese registro es más fidedigno que el que hace referencia a una masa amorfa

de hechos acaecidos veinte, treinta o cuarenta años antes, siempre que no haya voluntad de alterarlo. Pero de ahí no se debe deducir que los juicios, opiniones, valoraciones o informaciones del diarista sean imparciales o estén libres error. Si yo apunto en mi diario: «Fui a ver una película de Pasolini que se titulaba *Clowns*», «García es un tipo rencoroso», «La salvación de la sociedad está en el comunismo leninista-estalinista» y «Juan me ha dicho que en mayo de 2009 hubo un terremoto en Haití», en esos cuatro enunciados hay que distinguir lo que hay de verdad y lo que hay de error. Lo que hay de verdad es que el diarista, en el primer caso, ha ido a ver, en una fecha determinada, una película titulada *Clowns* y dirigida por un cineasta italiano; en el segundo, que ha tenido, en tal momento de su vida, el sentimiento de que García era un tipo rencoroso; en el tercero, que está convencido, al escribir esa opinión, de las bondades del comunismo leninista-estalinista; y en el cuarto que alguien llamado Juan le ha dicho que en mayo de 2009 un terremoto ha sacudido Haití. Lo que hay de error es, en el primer caso, el nombre del director de *Clowns*, pues no es Pasolini, sino Fellini; en el segundo, la condición de rencoroso que atribuye a García, pues otros que lo conocen mejor no lo ven así; en el tercero, la idea de que el comunismo leninista-estalinista es la panacea de los males que afligen a la Humanidad, pues hay buenos argumentos que invalidan esa tesis; y en el cuarto, la fecha que Juan da para el terremoto de Haití, ya que no tuvo lugar en mayo de 2009, sino en enero de 2010. En esos casos y en otros semejantes el autor del diario ha consignado de forma verdadera un hecho, un pensamiento, un diagnóstico o una información, pero se ha equivocado en algún aspecto —juicio, opinión, valoración o contenido— relacionado con ese hecho, ese pensamiento, ese diagnóstico o esa información.

¿No debería entonces haber revisado los casos en los que el autor de este diario, o sea, el Ignacio Gómez de Liaño de los años 1972 a 1977, ha incurrido en fallos de esa clase? No, porque un diario no es un libro de historia, ni una biografía autorizada, sino el relato de la vida según se va desarrollando con todos los cambios e insuficiencias que arrastra cada día. Hay una insuficiencia que a menudo se produce y que el lector debe tener en cuenta. Me refiero a la penuria de anotaciones de que a veces adolece el diario. Esa penuria no significa necesariamente escasez de actividades, sino que puede significar lo contrario. A mayor número de actividades, menos tiempo para escribir el diario.

Otras veces la penuria obedece a un exceso de trabajo intelectual. Así, cuando estaba en el período álgido de una investigación, o de la redacción de un libro, o de una traducción, escasean las anotaciones. A veces, ocurre lo contrario, dado que empleaba el diario como cuaderno de trabajo, pero en este último caso, los vacíos se hacen notar, pues, al transcribir el diario con vistas a esta edición, he suprimido la mayoría de esas anotaciones, limitándome a conservar una pequeña proporción de

las mismas a fin de que el lector pueda seguir a grandes rasgos la marcha de esos trabajos intelectuales. Con esas supresiones, el diario ha quedado sin duda más ligero, y la secuencia de la vida, más fluida.

A estas circunstancias hay que añadir otra que ha condicionado no menos la marcha del diario y es que, al empezar a escribir el diario, mi estilo era más bien telegráfico y sólo, poco a poco, fui dándole una forma más circunstanciada. Esta observación me lleva a otra de índole más general. Este diario no es más que una sucesión de apuntes de las situaciones en que me ha colocado el tiempo, de apuntes que se resuelven en pinceladas rápidas destinadas a impedir que el olvido aplaste los instantes, realidad última que todo diarista corteja y desea poseer. Nunca estuvo en mi ánimo un propósito claramente literario, sino, más bien, testimonial.

Los diarios que se publican tras haber sido revisados –o, más bien, corregidos y aumentados– en vez de obtener el estatuto de libros de historia al que aspiran, acaban siendo unos seres híbridos de diario y de memorias con los defectos que esos dos géneros tienen respecto a la exactitud historiográfica. La revisión que yo he hecho del mío no es de esa clase. Ataño sólo a aspectos de redacción –de aseo estilístico, podría decirse–, como son el uso de los signos de puntuación y el de las mayúsculas y las minúsculas, la evitación de repeticiones innecesarias, y alguna que otra reordenación del material. Era una revisión obligada, ya que en mis cuadernos pueden leerse cientos de páginas seguidas sin tropezar con una sola corrección, lo que es un buen indicio de lo poco que me molestaba en revisar las apuntaciones que confiaba al papel. En algunos casos, al mencionar a una persona utilizo su nombre completo, en vez del simplificado que, por comodidad, figura en el diario y se suele dar a las personas que uno trata asiduamente. A veces añado alguna palabra o expresión que facilite su identificación, como puede ser su profesión o un acontecimiento que haya protagonizado. En algunas ocasiones suavizo expresiones demasiado duras, o dejo su identidad en la penumbra de unas siglas.

Lo que aquí se publica no es el diario completo, sino un extracto, si bien muy amplio. El criterio seguido en la selección del material ha sido doble. En primer lugar, debía servir para mostrar la construcción y desconstrucción de la persona, o, más en concreto, del escritor, del poeta, del filósofo que era, o que aspiraba a ser, el autor. En segundo lugar, no debía herir la susceptibilidad de las personas que figuran en estas páginas que, eventualmente, podían toparse con la imagen que de ellas tuve hace más de treinta años. Me temo que mis apreciaciones no eran siempre correctas o justas, sobre todo cuando mis juicios estaban dictados por estados emotivos que dejaban poco margen al uso de la razón o adolecían de falta de conocimiento. Por eso pido disculpas a los que puedan sentirse tratados injustamente. Que sepan que mi juicio actual puede estar en las antípodas del que en ese momento tenía. De hecho,

en el mismo diario se ve cómo, en el plazo de unos días o de unas horas, podía modificarse incluso de forma sustancial. He conservado, sin embargo, esos juicios porque de no hacerlo habría falseado las vueltas y revueltas que todo diario personal debe describir de forma sincera. Por la misma razón no he omitido aquellas actuaciones mías que, en el día de hoy, me pueden parecer inadecuadas o reprensibles, pues mi intención no es la de componer una imagen que me resulte lisonjera actualmente, sino la de mostrar cómo influye el paso del tiempo en la forma de ser y de conducirse de una persona, o sea, en su construcción y desconstrucción. Otro tanto debo decir de mis apreciaciones de tipo político. Las que sostengo actualmente no siempre coinciden con las que sostenía entre 1972 y 1977. En esa clase de apreciaciones el conocimiento que la experiencia aporta es esencial.

También he observado que en estas páginas aparecen personas que, en la época, prometían mucho, pero que, al cabo de los años, se han quedado reducidas a la condición de promesas. También se observa lo contrario: personas que no prometían y que, sin embargo, han hecho una obra. Hay casos más curiosos, como cuando el éxito se ha conseguido gracias a una obra artística tan inane y aparatosa como esos fuegos de artificio en los que los ayuntamientos se gastan a manos llenas el dinero del contribuyente. Pero aunque la obra no supere unos mínimos de calidad, no importa. El impacto mediático suele ser inversamente proporcional a la excelencia, sobre todo en tiempos dominados por el hombre masa y la socialización de lo primario.

Al poco tiempo de iniciado, el diario me sirvió para dos fines: por un lado, el de registrar las incidencias de cada día, y, por otro, el de apuntar ideas filosóficas y literarias, así como proyectos poéticos y artísticos. En esta edición he distinguido esos dos planos mediante el cuerpo de letra: el mayor sirve para el relato de las *cosas*, el menor para el de las *ideas*. Como ya he hecho constar, he suprimido muchas de las anotaciones referentes a las segundas, a fin de no hacer demasiados cortes en el hilo de las primeras. Me he limitado a conservar aquellas anotaciones que permiten seguir, a grandes rasgos, el curso de mis ideas y, en particular, la gestación de los dos libros que publiqué en esa época: la edición de obras de Giordano Bruno, que intitulé *Mundo, magia, memoria* (1973), y *Los juegos del Sacromonte* (1975). A estos dos libros debo agregar la investigación de la gramática generativa de los patios platerescos, que, comenzada dos o tres años antes, llega a su período álgido en la primera mitad de 1974, y *Arcadia*, mi primera novela, que empecé a escribir en 1976 y saldría a la calle en 1981.

En ese cuerpo menor de letra van también artículos que publiqué en periódicos y revistas. Cuando me han parecido demasiado largos, los he puesto, en forma de Apéndice, al final de cada año junto a otros escritos a los que se hace referencia en el diario. En esos artículos hay, obviamen-

te, una voluntad literaria que, en la escritura del diario, estaba amortiguada. Sirven, por eso, para saber qué idea tenía yo de las cualidades que debía poseer un escrito para merecer el título de artístico o literario.

También he intercalado las cartas que escribí en esa época, en los pocos casos en que las conservo, y algunas –a menudo, completas– de las que recibí, pues contribuyen a colorear la fisonomía de las personas que afloran en las páginas del diario, además de proporcionar perspectivas variadas sobre el tiempo. Las cartas tienen en común con el diario el hecho de hacer referencia a un día determinado. Pueden, por eso, insertarse en la marcha del mismo sin alterar la esencia del género.

Junto a los artículos y las cartas, he insertado también numerosas ilustraciones. Éstas son de dos clases. La primera está formada por dibujos, poemas visuales, esquemas y diagramas que figuran en el diario y que, por eso mismo, son una parte del mismo. La segunda puede distribuirse en dos grupos. El primero está formado por las reproducciones de los poemas –visuales, de acción, de poesía pública– cuya realización consignaba en el diario. El segundo lo forman algunos documentos. Me ha parecido que, insertándolos, el diario cobraba una cierta corporeidad y se enriquecía, sin por ello alterarse su condición esencial, ya que esas ilustraciones y documentos forman parte del día a día del diario.

*

El primer cuaderno que destiné a servir de soporte al diario –con sus pastas de hule negro y sus doscientas páginas cuadrículadas– sólo tiene dedicada su segunda mitad al diario propiamente dicho. Tanto a ese cuaderno como a los que siguieron los llamé *Borradores*, por lo que aquí figurarán indistintamente con esa designación y con la de diarios. La primera parte del *Borrador primero* recoge escritos que redacté en la segunda mitad del año 1971. Unos los transcribí directamente en el cuaderno; otros los intercalé grapando en las páginas del *Borrador* las hojas donde los había redactado originalmente. Al hacerlo, debí de pensar que podían servir de introducción al diario, además de permitirme evocar la temporada que pasé en Londres en el verano de ese año, ya que algunos de esos textos fueron escritos en esa ciudad y hacen referencia a ella.

El primero de esos escritos es un breve poema que *aniquila* la Creación desde su mismo origen y que, como pórtico a la diaria sucesión de una vida, no deja de ser una paradójica descalificación de la tarea que el autor está a punto de emprender:

Nada es, cuando se piensa, el primer resplandor, la luz primera.
Nada es lo que desiste de sí mismo, en el primer momento.
En balde fue el gesto de Elohim,

la espada incandescente, la serpiente vengativa.
El jardín se torna feria,
mas la feria sabe mudar la piel
y vestirse de hierro con cepos y grilletes.

Nada es, cuando se advierte, el primer resplandor, la luz primera.
La puerta del deseo se abrió en pensamiento,
también en advertencia y muerte.
Estériles desfallecen las madres primigenias.
Las raíces se queman en su propio fuego.
La puerta del deseo conduce hacia la muerte.

A continuación viene un relato que podríamos llamar *Historia de un locker de Victoria Station*, en el que se cuenta la historia de una vieja dama que vive dentro de uno de los armarios metálicos que, para guardar el equipaje, hay en esa estación. Lo escribí originalmente en Londres entre julio y agosto de 1971, y nunca llegué a terminarlo. Empieza así:

El hombre que yo he conocido era un joven. No hace falta decir que era un joven. Por las mañanas se levantaba de la cama, quién si no un joven podría levantarse de la cama. Era, sin duda, un joven o, mejor, una bota sobre la alfombra de una sala de espera en Victoria Station. Aquí es donde comienzan mis dudas, pues no sabría decir si yo he estado, ni siquiera si alguien ha estado en la sala de espera de Victoria Station. Una noche la pasé en uno de esos armarios de metal que llaman locker, a los que son tan propensas las estaciones como Victoria. Pasar la noche en tales armarios lo llevaba como deporte el joven que conocí. A decir verdad, lo único que el joven tenía de joven era que hablaba, quiero decir, que hablaba mientras comía hamburguesas con cebolla y salsa tártara. Por lo demás, nada había que reprochar a su juventud, excepto que de vez en cuando dejaba de hacer el amor y de fumar. Aprendí de él muchas cosas. Pero no quiero hablar de mis aprendizajes. Yo estaba contemplando el mundo que me rodeaba desde el locker en que me acababa de meter, cuando apareció yo no sé por dónde un hombre, que por todos los indicios era un joven y belga y de diecinueve años. No era fácil salir con suerte de esas conjeturas, pues la llama de la cerilla apenas si cabía en el locker. Piensen que el joven no vino solo, sino con cuarenta y tres jóvenes más, todos belgas y de diecinueve años.

La historia sigue a tono con el párrafo anterior, queda en suspenso al final y conecta con otras que vienen luego y que escribí también en Londres. La que sigue a la del locker está escrita en nueve hojas grapadas a una del *Borrador primero* y podríamos llamarla *Historia de un flat*.

Para una dama como yo quedarse viuda es de las cosas peores y desagradables que puedan darse. He dicho dama, y no señora o mujer, pues hasta donde yo

llego a saber es para ser dama para lo que yo he luchado desde que era así de pequeña. Entre los enojos de mi prematura viudedad no fue el menor el tener que mudarme de casa. Sólo para una mediana habitación me llegaba la pensión de viudedad. Cómo me hice viuda es algo que aún no acierto a comprender. Cada vez me parece más claro que viuda fui mucho antes de que mi marido se muriese. Por lo menos veinte años antes. Y no es que no volviésemos a tratar del sexo en esos años, no, incluso, me parece, que fue de lo que más tratamos en esos años. Me volví viuda por dos poderosas razones: la una porque me cansé de ser casada y no quería volver a ser soltera; la otra porque fue entonces cuando por una real orden que aún sigue vigente cerraron los parques todos de la ciudad.

Ahora quiero contar una de las consecuencias más enojosas de mi viudedad, la de tener que mudarme a una habitación que se encontraba en un tercer piso, daba a una calle más bien ruidosa, por lo menos para mi gusto y costumbres, y a la que faltaba –era ostentosa la falta– un espejo, justo el que tenía que estar sobre la chimenea.

La portera me dijo:

–Un día de éstos, usted disculpará, le cambiaremos este hornillo –un hornillo pequeño y negro– por una cocinilla.

–Muy bien –le dije.

–Perdone, pero hasta el lunes –era viernes– no podrá venir el fontanero.

–¿Pero qué asunto hay con el fontanero?

–Mire, señora, por más que lo he intentado, no he podido destaponar el lavabo.

Esto iba siendo demasiado, estábamos a viernes.

–Por favor –dije–, tráigame lejía.

Y me traje no sé qué bote de plástico con no sé qué mejunje.

Como la portera –una joven alemana, sanguínea y modosa– aún no se decidía a salir de mi habitación, le pregunté:

–¿Hay algo más?

–Sí, señora –me dijo con su lengua toda arrastrada de erres–, en la cama falta una sábana; cualquier día de éstos puede llegar de la lavandería.

–Dice usted que cualquier día de éstos pueden traerla...

–Sí, eso es, quizás mañana...

Yo pensaba que cualquier día de éstos *podían dejar de traerla*.

Qué se iba a hacer, a dormir con una manta, y como embozo alguna prenda interior me servirá.

La verdad es que, a pesar del aspecto destartado y poco limpio de la habitación, y de dos postales que junto al lavabo exhibían vistas de Londres, el recorrido de la habitación hasta me distrajo. Qué sorpresa al abrir cada cajón del armario. Donde los platos volví a notar que algo faltaba: exactamente... y el cuchillo, que con tan mala suerte me lo dejaría introducido en el lavabo unos días después de que el fontanero viniese a arreglarlo.

Algo hay para mí ciertamente importante, que no porque se deje de dar en la vida ordinaria, la experiencia me ha confirmado como ley. Nada ocurre sin

que acarree consecuencias. Ahí está el pequeño cuchillo al que acabo de referirme... Pues bien, al día siguiente de dejar introducido el cuchillo en el lavabo se me ocurrió comprar carne, un gran filete rojo, que apenas iban a poder masticar las pocas muelas que me quedaban. Lo compré a última hora de la tarde en una tienda a la que nunca había ido; por todo ello y porque quedaban pocos pedazos deduzco que sería de los restos. Me lo llevé a casa, lo freí, y cuando me disponía a comerlo, me veo, a mis años, teniendo que poner los dedos en la carne. Fue una ceremonia antropofágica. La carne se resistía a mis dientes, pero con todo iba desgarrándose hebra a hebra. La carne comida con los dedos, y más un filete de rosbif, es lo más parecido que hay a un banquete de brujas. Como recordaba los cuadros en que se veía a Saturno devorando a sus hijos, me dije: «Querida vieja dama, este filete es un saturnisiaco o demuestra que estás en las saturnales.» La noche era más bien fría, y llovía a ratos. Me llevó tiempo dar cuenta del filete. Después de un bocado fácil venía otro en el que había que emplear toda la fuerza de las mandíbulas para desgarrarlo. No me gustaba la carne demasiado hecha. Así es que por momentos mi boca chorreaba sangre.

Ya se habrán dado cuenta de que no tengo buena memoria y que a ratos soy descuidada, pues miren lo que me pasó al día siguiente cuando volví a comprar otro pedazo de carne, esta vez a mejor hora, y de aspecto más tierno. Cuando llegué a casa y terminé de freírlo, me negué de nuevo a usar los dedos; así es que miré todos los enseres: la cuchara ni hablar, pues la habitación sólo tenía una cuchara de postre, el abrelatas de mariposa..., tampoco. Pero allí encima de la mesilla de noche estaba la tijera de cortar las uñas; era tan pequeña que sólo servía para eso y para alguna que otra cosa. Lavé las tijeras y con prodigiosa celeridad di cuenta del filete. La tijera tenía buen corte.

La historia que viene después –ya en las páginas del cuaderno– consta de cuatro páginas y es una continuación de la historia del flat. Sólo transcribiré el comienzo.

Me decidí a ir al supermercado, y después de ver una sábana a mi gusto la compré. Qué pasó en el camino o qué dejó de pasar, es algo que no sé, ni creo que en este planeta pueda saberlo nadie, aunque sólo sea porque en este planeta sólo se sabe lo que tiene lógica. Pero no se me interprete mal, lo que cuento ocurrió en este planeta, aunque lo que cuento no tenga explicación lógica, al menos yo no la sé. Lo cierto del caso es que en mi pequeña habitación en vez de una sábana encontré otra cosa: una sábana... hecha con grandes hojas de periódico. Para quien quiera más detalles sobre el incidente le diré que no eran de un solo periódico, sino por lo menos de tres, pues yo sólo conozco tres y esos tres estaban, aunque pudiera ser que la sábana estuviera hecha con todos los periódicos; si alguien conociese todos los periódicos, podría decirlo.

Entre esta parte del relato y su continuación hay un recorte del *Abc* del 25 de abril de 1971, que ha teñido de color amarillo las páginas entre las que se encuentra y que va encabezado por un titular que dice:

«Vida Universitaria. Carta al Director de *Abc* sobre un incidente en la Facultad de Filosofía y Letras.»

En la carta se cuenta que los firmantes de la misma hicieron frente a un grupo de estudiantes «marxistas» y en el bar de la Facultad de Filosofía quemaron una bandera republicana y sendos retratos de Lenin y del Che, lo que dio lugar a una refriega «en la que recibieron algunas magulladuras algunos de los cabecillas revolucionarios». Recorté ese suelto debido a que uno de los firmantes, José María M. G., formaba parte de un grupo de poetas de vanguardia encabezado por Fernando M. N. que, desde hacía cinco años, me había hecho objeto de una obsesiva hostilidad. El escrito de *Abc* ponía en evidencia a Fernando M. N., dada su amistad con el primero de los firmantes, el cual formaba parte de un grupo de extrema derecha que no vacilaba en utilizar la violencia contra los que no compartían sus ideas políticas.

Seguidamente figuran en el *Borrador* unas pocas líneas que son la continuación del relato del locker y del flat. Va encabezado por la palabra «cottage», y viene a ser la tercera parte del proyecto narrativo original. Ese cottage se inspira en uno que visité en agosto de 1968. Estaba situado en medio de un bosque cerca de Chichester, al sur de Inglaterra, y había sido, en el siglo dieciocho, una «pesthouse». En una de sus puertas figuraban las firmas de los primeros humanos a los que se administró una vacuna, según se me informó. El cottage lo ocupaba a la sazón la señora Bowen, que era secretaria de la Escuela de Ballet Rambert de Londres.

Seguidamente, vienen descripciones de personas que traté en la época y que lleva el título de *Los circunstantes*. Transcribiré algunos párrafos.

Jaime. Con el pelo pegado a la cabeza y onda de buen alumno del colegio del Pilar, vive en los estándares de una sedicente buena familia. Ante todo, el honor y la clase. El honor se refleja en la pose, y la clase, en la vana pretensión de sentirse por encima. En definitiva, una crianza para mandar y creerse con la razón de mandar. Tiene la cara alargada, los ojos brillantes y cierta angulosidad austera, que no se olvida de la corbata y de la chaqueta de cheviot. A veces yo también me precio de ir sin una mota de polvo en la solapa. Narcisismo de quien se deja vivir por la idea del acomodo familiar y de pertenecer a la gente selecta. Su voz es seca y profunda, y, a ratos, comenta incidentes con nombres conocidos por medio (de la democracia cristiana) y entonces yergue la cabeza y no soporta fácilmente que se le disminuya ante los otros. Es la expresión de un mundo fosilizado y cruel, que cree tener la razón y que los demás son inferiores.

Jorge. Tiene falta de prejuicios y exceso de sensibilidad. Su cualidad no es la

clase, sino sentirse al margen de las clases y saberse de memoria el *Don Giovanni* de Mozart. Le gusta sentirse socorrido y acompañado. Es más humano, pero reduce la humanidad a un puro juego de sensiblería y languidez.

Joaquín. Su pose es la intriga, el desenmascaramiento, la frivolidad. Por él el mundo debería convertirse en basura. Ésa sería la gran feria, el correcto y deseado fin del mundo. Un planeta convertido en carroña, él acudiría a lamerlo.

Más adelante vienen estos pensamientos:

«Dios es una hipótesis inútil». He ahí una frase que no significa nada. El positivista decía: «El cosmos no necesita de Dios para existir. Luego: Dios es una hipótesis inútil». Pero el positivista se olvidaba de que las hipótesis pertenecen a un sistema y que sólo tienen sentido dentro del sistema. Ahora bien, si Dios es lo que trasciende todo sistema, no puede ser al mismo tiempo una hipótesis. Los límites del sistema no son los límites de Dios. Dios no es una hipótesis inútil. Lo que es inútil es expresarlo.

Me pregunto por mí mismo, y me describo..., pero yo no puedo expresarme a mí mismo. Pues aquello que es base de toda expresión, difícilmente se podrá expresarse a sí mismo. Si para expresar hay que coordinar, ¿dónde está la base de la coordinación sino en algo que no sea orden, sino todo lo contrario: libertad, disponibilidad, posibilidad? Es claro que en mí. Eso soy yo. Yo no me puedo expresarme a mí mismo. Me sé universal expresión.

Una máquina para crear deseos. Eso es el hombre: una máquina que crea deseos. Se dice que la máquina es lo que no tiene deseos. Pero eso es una máquina ciega. Los ojos despiertan los deseos. Debajo de la piel está lo que se sufre. Por eso el hombre es una triste máquina de fabricar deseos. Moverse sin tener deseos pudiera ser una alternativa. Pero, ¿quién es tan dueño como para arbitrar alternativas?

Grapadas a una hoja del *Borrador*, vienen seguidamente unas hojas en las que va un relato que podría titularse *Un día de noviembre de 1971 en Nueva York*. Hace referencia a mi estancia en esa ciudad en noviembre de ese año y, más en concreto, a mis andanzas por el Greenwich Village. En esas fechas había viajado a Estados Unidos acompañando en su viaje de fin de carrera a alumnos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM), en cuya cátedra de Estética y Composición era encargado de curso desde 1969. Del relato neoyorquino tomé algunos detalles para los primeros capítulos de «Búsquedas en ambos hemisferios», primera parte de mi novela *Extravíos* (2007). A continuación transcribo las consideraciones que, tras el relato neoyorquino, hago para mí mismo. Fueron redactadas a finales de noviembre en Boston en torno al día de Acción de Gracias.

Siempre que se encuentra lo que se busca, uno debería estar preparado para la pérdida final. O vivir en el sueño y la imaginación. O perderse a uno mismo. O vivir sin sensibilidad. Escribo esto en la habitación de un hotel de Boston. Hago el recorrido de los ruidos. Las cañerías estallarán un día. Y yo estaré presente en pijama, con el ruido de la alarma en los oídos y con la televisión en color dentro de los ojos.

Escóndete en el lavabo de la habitación. Escóndete con los fantasmas que hallaste en Greenwich Village, y despierta, amigo. Empieza a imaginar, a vacilar, y es que es la hora de querer. Pero no te equivoques. Te espían mil ojos al otro lado del mar. Espían desde guaridas, armados de erizos y catalejos. ¡Oh! Sí, diviértete con tu caleidoscopio, el que compraste en el MoMA. Aún puedes hacerlo. Aún permanecerás en tu habitación de Boston. Consulta el *Libro de los Cambios*. Es el hexagrama n.º 5. Te dirá que el peligro está al frente y que debes aguardar, esperar, pues el sol acabará luciendo.

A continuación viene la anotación de un curioso incidente que me ocurrió en la ETSAM. Viene a ser la primera muestra de la práctica del diario, o su preámbulo.

18 XI 71. Esperábamos por la mañana a entrar en clase. Junto a mí estaba el profesor Simón Marchán y un grupo de unas diez personas. Entonces un alumno (Ramón G.) llega hacia mí, se acerca, aproxima su cara a la mía, y me besa... Cuando le miro, perplejo, dice haberlo hecho porque lo deseaba. Ciertamente, me ha dejado sorprendido. El sentirme besado públicamente es una experiencia que nunca había tenido. ¡Qué curiosa esa forma de expresar el afecto pese a lo que pese!

En un sueño me encuentro en una especie de torre subterránea llena de gente. Empujado por Virginia, bajo escaleras. Ella me pone las manos en los hombros.

Después, en hojas grapadas, aparecen tres textos titulados, respectivamente, *Rito*, *Laberinto* y *Clase Zen*, que fueron redactados en los dos últimos meses de 1971. El primero es el guión de un corto cinematográfico. Algunos puntos –como el de la «caja mágica»– hacen referencia a poemas de acción que había realizado en la galería de arte de Fefa Seiquer, situada en la calle de Huertas de Madrid, el sábado 8 de mayo de 1971, y en la sala de la Caja de Ahorros de Navarra (en Pamplona) el 5 de noviembre del mismo año, o que realizaría en los *Encuentros* de Pamplona a finales de junio de 1972.

La cámara va entrando en la sala ritual y enfoca la puerta, las paredes, el vano que comunica con otra sala.

1.º En la sala hay una persona que está pintando.

2.º Intercalado: Vistas rápidas de cercas (rings de boxeo, cotos de fincas, etc.)

- 3.º Unas quince personas envueltas en plásticos proceden a pintarse.
- 4.º Intercalado: Selección de maquillajes.
- 5.º Las lámparas se van encendiendo.
- 6.º Encendido de luces, ciudad, fuego, etc.
- 7.º Danza ritual y *caja mágica*. Al final, surgen los globos. Terminan en nuevos fogonazos.
- 8.º Aparece la Virgen Sagrada.
- 9.º Los danzantes rompen el vestido de plástico que envuelve a la Virgen ritual.
- 10.º Los danzantes se revuelven en el suelo y realizan pases. Superposición de las imágenes anteriores.

El segundo texto está en la base del laberinto que, en mayo de 1972, instalé en dos salas y un corredor del Instituto Alemán de Madrid para los actos de *Arte en fiesta*.

Se trata de un tubo de polietileno de dos diámetros de diámetro con ramificaciones y colores diferentes. Se utilizarán gomas, virutas, papeles, plásticos, tejidos. Se pedirá a la gente que lleve materiales de diferentes clases. En el laberinto habrá: Zonas de «estesia» y colores. Zonas de interiorización (oscuro-negro). Se utilizarán los colores amarillo, azul, rojo, negro, blanco, transparente, y luces de diferente intensidad.

En el tercer texto describo la conferencia con la que terminé unas clases sobre estética japonesa Zen que di en la ETSAM en el otoño de 1971. Tras anunciar el tema, guardé silencio, y así permanecí durante la hora que duraba la clase. Los incidentes que se produjeron y los pensamientos que me asaltaron fueron los siguientes, según los consigné en un papel:

Pinto el Laberinto en la pizarra. Digo que ya está bien de discursos, y más sobre estética Zen, y que haremos una clase Zen. Guardo silencio. La gente creará que hay que guardar silencio, que es un tiempo para meditar, para interrogarnos a nosotros mismos.

Al rato escribo en la pizarra ESTUDIANTES. Se levanta entonces Juan Caso y pone SUBEMPLEADOS. Otro escribe IGNACIO. Juan Caso informa, en plan político, sobre la ETSAM. Alguien dice que eso no interesa. Otro, ante la insistencia de Juan Caso, dice que sí interesa. Termina la *información*.

Se producen silbidos de tonada, toses (alguien hizo una pregunta, pero yo no contesté). Juan Caso fabrica aviones, que vuelan muy mal, y da golpes con un bastón hecho con papeles.

«Puede usted explicarme dónde está la línea vertical...», pregunta alguien. Escribo en la pizarra: «Cuando en un sitio no pasa nada, ¿qué pasa?».

Eduardo escribe: «El camino que es el camino no es el verdadero camino».

Alguien dice: «Señor Profesor, Señor Profesor, Señor Profesor». «Señor Alumno...», contesto. «¿Puede usted explicarme dónde se encuentra la inter-

sección de la horizontal con la segunda vertical». Invierto la pregunta como contestación.

«Señor Profesor, Señor Profesor, ¿cuánto le pagan por esta clase?» «Aún no me han pagado y si me pagan me pagarán.»

«Señor Profesor, Señor Profesor...». «Señor Alumno, no estoy.»

«Señor Profesor, Señor Profesor...» «No está. No.» Me refiero al otro profesor que está en el aula y que guarda silencio.

Juan Caso pide pesetas para vino. A mí me da su cigarrillo.

«Señor Profesor, la hora.»

A los cinco minutos me marchó, tras recoger mis cosas.

Ya en las páginas del *Borrador* aparecen también los siguientes escritos:

Reforma del espíritu

Algo muy concreto, una urgencia, me hace pensar sobre una reforma del espíritu. Algo por cierto muy egoísta, y que por lo demás intuyo universalmente humano. Me refiero a mis angustias y ansiedades de septiembre. Lo que me hacía sufrir era la pérdida de mi poder sobre mí mismo, la impotencia frente al hacerse patente mi sufrimiento.

Entiendo que el sufrimiento no es una cuestión psíquica por completo, sino esencialmente moral. El sufrimiento es, simultáneamente, nuestra disposición frente al sufrimiento. Ponerse enfrente de él es conocerlo, tomar conciencia de su aparición; pero este conocimiento es también la conciencia de una falta, pecado original o transgresión. Sufrir, pocos fenómenos son tan personales y al tiempo los sentimos tan impuestos, tan puestos sobre nosotros desde otro lado.

Mis relaciones con lo Absoluto

Entiendo por Absoluto esa entidad que trasciende todo lo expresable y definible, que está al principio y al final del deseo y del sufrimiento. Es esa energía que *es o no es*, ya que trasciende esos dos términos. El sueño del hombre. ¿Qué relación guardo con el Absoluto? Una mezcla de recelo, desconfianza y necesidad. Si lo personalizo exteriormente, me siento hundido, desposeído. Si me siento parte suya, me siento abrumado. Sólo quisiera entender ese Absoluto como Amor. Pero el Odio está presente en todo. Todo está sojuzgado por el Odio. El Absoluto, ¿podrá realizarse como Odio? Ése es mi temor. ¿Cuál es el camino del Amor?

Con el título de *White Lady* escribo, a continuación, un apunte que viene a ser la segunda tentativa de hacer un diario. En él doy cuenta de una excursión que hice en coche con Blanca Luca de Tena Benjumea, que había sido compañera mía en la Facultad de Filosofía, a su casa de Pedraza, en la provincia de Segovia.

23 XII 71. Día lluvioso y turbio, solos los dos, Blanca y yo, a Pedraza. Hacemos la comida en el restaurante de Cándido, en Segovia.

–No busco la perfección –decía–, busco las dimensiones ocultas de las cosas que ocurren.

Hablamos de la corte formada, allá en Roma, donde ella reside actualmente, por Baltasar Lara, Valero, Myrian y el pintor Enrique Vara entre óleos.

Ya en Pedraza, Juanito nos abre la casa. Me fijo en los retratos, los muebles y, sobre todo, en el maravilloso panorama del profundo cañón que más tarde aparecería inundado por la masa espiritual y silenciosa de la bruma, que discurría sobre una ladera como si fuera una cuña y, sobre la vaguada, a la izquierda, como si fuera una florescencia. Bebemos, al amor de la chimenea. Vamos de excursión al puente de losas del río, al huerto sellado, a las flores de menta. Cañaverales, matojos, árboles, el Castillo suspendido sobre ariscas laderas, la hierba. Tenemos una conversación sobre la condesa de Príes, abuela de Blanca, vividora exuberante, y sobre sus dos hijos, uno de ellos tratante de quina, tapices y muebles. También hablamos de la visita de Hemingway y de Orson Welles, y de los trajes, como una reliquia, de Alfonso XIII a la vuelta de la Campaña de África.

Y ahora llega, al fin, lo que podría considerarse el primer ensayo de diario continuado. En él se relata, de forma telegráfica, mi primer viaje a Venecia, ciudad que desde entonces vincularía a Nueva York, en la que también había estado por primera vez un mes antes.

29 XII 71 Marsella. Primeros síntomas de la enfermedad, de la gripe. El viaje transcurre sin particularidades. El señor del hotel me habla de sus diapositivas de España y de sus cintas magnetofónicas. Mientras me las muestra, le tiro la escribanía llena de cachivaches. Las habitaciones son horrendas; las camas, amplísimas.

30 XII 71 Vicenza. El hotel está bien. Nuevas dificultades con mi enfermedad. Me quedo en cama. Mis amigos se van a pasear. A la mañana del 31 tenemos problemas con el coche, que conduce Javier Navarro. Entonces aparece Lorenzo (Zanco), comunista extraparlamentario –así debe verse más atractivo–, que nos cuenta la historia de las cadenas empleadas contra su bello auto. Vamos a casa de Anna: alta burguesía italiana. Los jóvenes de Assisi. A Lorenzo le regalamos una botella de Fundador. Le tengo por algo narcisista.

31 XII 71 Venecia. Enfermedad declarada. Pluviosidad y frío declarados. Cama. Cama. Cuando me levanto, todavía enfermo, descubro en el vacío hotel a un joven rubio de Torino, con el que charlo.

4 I 72 Milán. La noche del 3 fuimos a la oscura calle Carusso. Para un taxi. Sale un señor con corbata de pajarita, que conocía a Javier Navarro y nos lo llevamos a un amplio y viejo salón salido de la belle-époque, con grupos en torno a mesas. Charlamos con uno recién llegado de París, que lleva pantalones rojos, y también con un diseñador mostachudo que ha dejado a su esposa en el

apartamento. Esta tarde, en la galería Vittorio Emmanuele, he charlado con uno que estudia lenguas modernas, es árbitro de fútbol y tenía una mirada desconfiada e inquisitiva.

6 I 72 Barcelona. Encuentro con Fernando el de las hebillas y las Ciencias Económicas Eternas, que nos invita a ir a su piso de La Pedrera. Pone música de Beethoven y Joan Manuel Serrat. Luego, en el drugstore, tomamos un chocolate a la española con churros correosos.

7 I 72 Barcelona. Encuentro con Javier Fernández de Castro. Vamos a comer. Hablamos sobre la escritura, su novela y la obra de arte como proyección de una actitud, o como trabajo de laboratorio.

Por último, viene en el *Borrador* un texto reminiscente de *La fenomenología del espíritu* de Hegel, que se titula *El Gran Desamparo* y del que procede este párrafo:

Cuando desespera de la vuelta o progreso hacia ese Uno, hacia esa fusión total, el desamparado se deja hundir en lo que le acaece, se va hundiendo enajenadamente en las cosas. ¿Se va hundiendo en sí mismo? No. El sí mismo sólo existe como conciencia de sí mismo, y esa conciencia de sí mismo presupone deseo, y el deseo no existe para él. Se hunde en lo indeterminado, en la entropía, en el *otro-sí-mismo*, ajeno, que es mero teatro.

Y en este punto debería insertar la postal que me envió desde la ciudad siria de Palmira Blanca Luca de Tena, pues el matasellos tiene como fecha el 9 de enero de 1972. En ella Blanca dice: «Beyruth, Damasco, Homs, Palmira; la decadencia del Imperio Romano; miro en tu honor las mesas de sacrificio». La postal muestra siete grandes columnas de orden corintio dentro de un recinto pétreo, que corresponde al santuario de Bel de Palmira, edificado el año 32 de la era cristiana.